



## *A LOS FIELES DE LA IGLESIA DE SANTIAGO*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Nunca habíamos vivido en nuestra diócesis un terremoto tan largo y tan violento, que causara tanta preocupación y en mucha gente tanta angustia, sobre todo a causa de las amenazas de muerte, de daños irreparables y destrucciones. Pero más que nuestras impresionantes experiencias en la Región Metropolitana, nos han impactado las situaciones de destrucción y de muerte en regiones mucho más golpeadas que la nuestra a causa del terremoto, de sus réplicas, del devastador tsunami y de las acciones vandálicas que algunos grupos desataron. Nos han impactado las imágenes de tantos chilenos que perdieron familiares y amigos, que regresaron a su propiedad, donde no encontraron nada de su querido hogar, o que lograron ponerse a salvo, con enorme esfuerzo, entre el clamor de quienes morían y a quienes no podían ayudar sin perder la propia vida.

Es cierto, Dios nos regaló un hermoso país, tan hermoso y abundante en sus riquezas naturales como muy pocos. Estamos orgullosos de ser chilenos, y queremos seguir viviendo en nuestra patria. También ciudadanos de otros países han optado por ser chilenos. Pero no podemos olvidarlo: vivimos en un país en el cual la tierra se mueve. Algunas veces con inusitada furia. Lo mismo podemos decir de nuestro mar y de nuestros nevados volcanes. Fácilmente lo olvidamos. Entonces corremos el riesgo de vivir despreocupadamente, acampando o habitando a orillas del mar, o construyendo sin prestar atención a la estabilidad de la vivienda para enfrentar situaciones extremas.

En uno de los prefacios de las misas por los difuntos decimos que esta morada terrenal se deshace, y así adquirimos una morada en el cielo. Lo decimos del cuerpo humano. Pero también vale de nuestros pueblos, nuestras casas y de tantas cosas que queremos. En circunstancias como las que hemos vivido, palidece lo que es meramente terrenal y secundario. Nuestra valoración de la vida, de las personas y de la familia emerge con fuerza en estos tiempos de prueba. Después de la terrible catástrofe, le agradecemos a Dios con toda el alma porque no hemos perdido el don de la vida, y buscamos a todos los seres queridos, a los familiares y a las personas que queremos y admiramos.

Si viven, poco nos importan las cosas que hemos perdido. Con el salmo 18 hemos podido rezar con gratitud: "Yo te amo, Yahvéh, mi fortaleza, mi salvador, que de la violencia me has salvado. (...) Las olas de la muerte me envolvían

(...) La tierra fue sacudida y vaciló (...) El fondo del mar quedó a la vista, (...) me asaltaron el día de mi ruina, mas Yahvéh fue un apoyo para mí; me sacó a espacio abierto, me salvó porque me amaba.”

Pero también amaba a los que partieron de este mundo. Por eso, si han fallecido seres queridos, si bien nos llenamos de profunda tristeza, que nos embarga cada vez que los recordamos, por nuestra fe podemos confiarlos a la misericordia de Dios llenos de esperanza. Confiamos en que hayan llegado a aquella Patria hacia la cual se encaminan nuestros pasos, a la morada del cielo. En ella no habrá lágrimas ni dolor, tampoco terremotos y tsunamis. En ella viviremos compartiendo el amor y la felicidad de Dios, la amistad entre nosotros y la plenitud de la paz.

Para llegar a esa Patria, Jesucristo nos indicó el camino. Nos dijo: “Vengan a recibir la herencia del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo” (Mt 25, 34ss). La condición que puso para gozar de esa herencia es clara. Depende de nuestra ayuda y solidaridad con las personas que más sufren: con los que padecen hambre o sed, con los forasteros, con los que carecen de vestimenta, con los que yacen postrados por la enfermedad, con los privados de libertad. Haciéndose eco de sus palabras, el Padre Hurtado repetía: “el pobre es Cristo”. Reflejando el rostro del buen samaritano buscaba a los que no tenían ni pan, ni vestimenta, ni hogar, y los acogía porque estaba seguro de que Cristo lo haría en su lugar.

Un país como el nuestro, cuya población sufre cada cierto tiempo los embates de graves catástrofes naturales, es un país con vocación al trabajo esforzado, a la reconstrucción, a la unidad y a la solidaridad. Las innumerables víctimas de tales catástrofes ¡son Cristo! nos diría san Alberto Hurtado. Él nos alienta desde el Reino preparado para él y para todos nosotros, y nos invita a ponernos de rodillas ante Dios, y a pedirle por los que sufren. También, para todos nosotros, mucho amor, generosidad y acciones solidarias.

Hay víctimas cercanas en nuestra gran ciudad. Han perdido a personas muy queridas, han sufrido por ser hipertensas, por problemas cardíacos, por depresiones, por daños en la columna vertebral, etc. Así llegaron a los servicios de urgencia de los hospitales, o permanecieron en sus casas. No faltan quienes han perdido sus departamentos recién adquiridos y sus antiguas casas familiares. Sin duda, esperan nuestra visita y una palabra de consuelo y esperanza que los anime, además nuestra oración y nuestra ayuda. Con la viva imagen en el corazón de la devastación y la angustia que hemos visto en otros lugares del país, tal vez a cientos de kilómetros, de personas mucho más afectadas y necesitadas que nosotros, podemos sentir una gran impotencia por no saber cómo ayudarlas.

Gracias a Dios, el Gobierno despliega todos sus medios y sus esfuerzos para aportar seguridad y garantizar lo más necesario para vivir. Intensamente trabajan nuestras Fuerzas Armadas y de Orden. De manera incansable se acercan los Obispos, los sacerdotes y las religiosas a los más necesitados, como también muchos servidores públicos y trabajadores que atienden servicios básicos. Olvidan sus propios problemas para estar a disposición de la

Comunidad. Está despertando y creciendo la solidaridad de miles de voluntarios, de jóvenes que parten a ayudar y que buscan los lugares más necesitados. A todos ellos va nuestra gratitud, como también a las comunidades parroquiales y seguramente de otras confesiones, como asimismo a las demás organizaciones eclesiales y civiles que han tomado valiosas iniciativas. Nuestra gratitud traspasa las fronteras y se dirige en primer lugar al Santo Padre que reza por nosotros, nos alienta y nos bendice, como también a las Conferencias episcopales y a los Obispos que nos escriben, y a la Comunidad Internacional que viene en nuestra ayuda, y demuestra que siempre es mucho más lo que nos une que lo que nos separa.

Pero no podemos contentarnos con lo que hacen otros. Todos debemos movilizar nuestra solidaridad. No podemos compartir las acciones vandálicas y egoístas de algunos, que nos recuerdan la gran tarea que tenemos por delante como discípulos y misioneros de Jesucristo, que aman la vida en Cristo de nuestro pueblo, y buscan que nadie viva sin hogar, sin escuela, sin trabajo y sin bienestar, y trabajan para que todos desistamos de hacer a los demás lo que no queremos que ocurra con nosotros, y que todos les procuremos a los demás, lo que más esperamos para nosotros. Queremos construir sobre roca y no sobre arena: sobre la Roca que es Cristo y su palabra. Por eso debemos levantarnos como un pueblo unido, fraterno, creyente y solidario que en tantos lugares de nuestro territorio ve a Cristo sin casa, sin ropa, sin alimentos, sin bebida y sin consuelo. Queremos levantarnos y reaccionar para ayudarlo.

De nuestra parte hemos pedido a todos los templos de la Diócesis que nos recuerden todos los días a las 7 de la tarde, haciendo repicar sus campanas, que hay hermanos que nos necesitan, y que esperan nuestra oración y nuestra solidaridad.

La organización de ayuda "Caritas", a través de su Vicario en Santiago, el Padre Rodrigo Tupper, nos ha pedido que redoblemos nuestros esfuerzos, entregando alimentos no perecibles, llenando las alcancías de la Cuaresma de Fraternidad, y aportando donaciones a la cuenta de Caritas Chile en el Banco Santander, n° 1009-0. Con el Vicario para la Juventud invita a los jóvenes a participar en estas acciones. De mi parte pido a tantos santiaguinos que salen a hacer camping durante las vacaciones, que recuerden a los chilenos, adultos y niños, que no tiene un techo sobre sí y sean muy generosos, donando sus carpas para ellos. Pueden dejarlas en nuestras parroquias. Cristo les dirá: "no tuve un techo donde morar y tú me lo diste, están abiertas para ti las puertas de la casa de mi Padre".

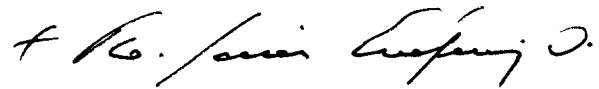
Le agradezco a Don Francisco y a quienes le ofrecieron su colaboración en la Teletón, con la cual ha colaborado Cáritas, el Hogar de Cristo, un Techo para Chile y otras organizaciones que trabajan por la superación de la pobreza. Todos juntos, también después de la Teletón, tenemos que transformar a Chile de ser hoy una tierra de sufrimientos, a ser la tierra de la solidaridad, el amor y la esperanza.

Así solidarizó la Virgen María, con ocasión de una fiesta de bodas, con los esposos que no tenían vino en Caná de Galilea, y así solidarizó sobre todo con

su hijo Jesucristo cuando moría en el Calvario. Así solidariza con nuestros sufrimientos cuando peregrinamos a sus santuarios. Que ella nos enseñe a dar hasta que duela, y a ser cercanos y solidarios como lo es el Señor Jesús con todos nosotros, sus hermanos.

Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo los bendiga con su inagotable generosidad y su paz.

Se los desea de corazón, vuestro hermano y pastor,

  
Cardenal Arzobispo de Santiago

Santiago, 3 de marzo de 2010